

Violencia política y violencias privadas, un análisis desde la perspectiva de Stathis Kalyvas sobre las lógicas y las teorías de la violencia y el conflicto interno armado de Colombia*

■ Por: *Diego Andrés Montoya Calle***

Resumen

El presente artículo se enfoca en analizar, cómo una de las miradas que prevalece en los estudios del conflicto intrasocial o el conflicto interno nacional o central, está basada en una errada metodología que dificulta su comprensión, al descuidar dinámicas y violencias locales y privadas de las zonas de periferia del país. Generalmente los conceptos teóricos han estado enfocados en la visión y el discurso unitemático de la división fundamental o escisión de clase, y el nivel cronológico, en una relación espacio temporal relativamente corto (a partir del Frente Nacional y la globalización), causando una discontinuidad cronológica con el periodo largo de violencias que lo anteceden.

Se afirma sobre el relativo sesgo urbano de observadores y estudiosos en relación a la comprensión del conflicto político y su dimensión ideológica, sesgo que no ha permitido apreciar y estudiar capa por capa las violencias privadas del mundo rural.

Palabras clave: Conflicto interno armado, división fundamental, centro y periferia, violencia política, violencia privada, guerra civil.

* Este artículo de reflexión sintetiza una de las ideas principales que el autor analizó en su tesis monográfica para optar al grado de politólogo de la Universidad de Antioquia en el año 2012: Nuevas guerras: paramilitares y negociación, una mirada alternativa del conflicto interno armado y sus motivaciones.

** Politólogo Universidad de Antioquia. @diegomontoyac1

Political violence and private violence, an analysis from Stathis Kalyvas' perspective on logic and theories of violence and the internal armed conflict of Colombia

Abstract

This article focuses on analyzing, how one looks prevailing in the studies of intra-social conflict or the internal national conflict or central, is based in a wrong methodology that makes difficult its understanding, by neglecting dynamic and local and private violence in peripheral areas of the country. Generally the theoretical concepts have been focused on the vision and a monothematic discourse of the fundamental division or class rift, and chronological level, on a relatively short space-time relationship (from the National Front and globalization), causing a chronological discontinuity with the long period of violence that precede it.

It's affirmed on relatively urban biased observers and scholars in relation to the understanding of the political conflict and its ideological dimension, bias that has not allowed appreciate and study layer by layer the private violence in rural areas.

Keywords: Internal armed conflict, fundamental division, center and periphery, of political violence, private violence, civil war.

Introducción

Este artículo centra su análisis en el papel esencial que juega la periferia rural del país, cuyas tragedias de violencia, desarraigo, y olvido, son el esbozo, la génesis y el desarrollo del denominado conflicto interno nacional.

El conflicto interno de Colombia, en términos conceptuales, se refiere a una incisión maestra o escisión de clase, es decir, una división fundamental o central entre dos o tres actores supra-locales que despliegan sus estrategias, (El paramilitarismo contra las guerrillas y viceversa, y estas últimas contra el Estado Central) inmersos en la una lucha y violencia eminentemente política del discurso dominante de la confrontación binaria del país.

En consecuencia, se plantea un análisis alternativo sobre la violencia del país, que difiera a los estudios dominantes sobre el mismo, se sugiere que se debe cambiar el modo en que se mira el propio conflicto interno, incluyendo un cambio de variables, categorías, espacio temporal y herramientas metodológicas.

La comprensión intelectual y conceptual del conflicto interno armado parece unívoca, y este referente es ampliamente aceptado por académicos, observadores y participantes, por lo mismo, en las mesas de negociación el trato que se le ha dado al conflicto y su eventual solución es predominantemente político, simplificando su naturaleza al plano netamente público.

No obstante la evidencia histórica ha mostrado la importancia que han jugado las divisiones y las violencias locales, las guerras civiles del siglo XIX y principios del XX, y la época de la Violencia de la primera mitad del siglo XX son muestra de ello, que por demás, su animosidad y la participación de quienes las libraban, por

lo general, sin ser la regla, estaban menos motivadas por intereses políticos, y más por intereses privados.

Es por esto, que el primer capítulo enfatiza en un elemento paradójico en la comprensión del conflicto político, a saber, que este conflicto ha sido avivado por las divisiones locales, por las violencias íntimas sobre el terreno de la periferia rural, pero su verdadera dimensión parece que se ha pasado por alto, o restado su verdadera importancia.

En el segundo capítulo, se sugiere que dicha comprensión obedece al cómo ha sido entendido y conceptualizado el conflicto mismo. Más que al análisis de su cronología e historia, es decir, más que las transformaciones y evoluciones que se dan en un periodo de tiempo y espacio largos, ha prevalecido el interés en el accesorio del concepto y las inutilidades de la semántica, hecho que ha llevado primero que todo, a utilizar una muestra histórica o tiempo cronológico relativamente reciente y corto para su comprensión, (aproximadamente a partir del ataque de las Fuerzas Militares al bastión campesino e insurrecto en Marquetalia en 1964 y el fin del Frente Nacional en 1974).

También se ha asociado cronológicamente el nacimiento del conflicto como producto de las ideologías dominantes de después de la Segunda Guerra Mundial, la posterior lucha ideológica entre los Estados Unidos de América (EEUU) y la Unión Soviética (URSS) en la Guerra Fría, y las revoluciones triunfantes de la segunda mitad del siglo XX, antecedentes que probablemente han causado una discontinuidad cronológica en relación a cómo se observan las violencias locales.

En la tercera parte se plantea un análisis que contextualice el periodo largo de las violencias, desde la historia violenta en las guerras civiles, hasta el presente de violencia política del conflicto interno armado de hoy, pues se introduciría con ello, esas pequeñas historias que sobre el terreno han desplegado los actores locales y ha dotado de contenido político la lucha y la violencia fundamental. El fenómeno violento hunde sus raíces más allá del icónico Marquetalia y el fin del Frente Nacional.

Con todo lo ello, el cuarto capítulo, propone una alternativa al análisis: La desmitificación del conflicto interno armado o el conflicto fundamental y binario, esto no quiere decir, restarle valor a su magnitud y significado, pero el conflicto armado no se agota en la lucha política nacional, y las violencias regionales como en la mayoría de los casos no son la expresión de la lucha ideológica¹.

Incluir en el conocimiento general del conflicto investigaciones cuantitativas y cualitativas que permitan teorizar las violencias locales “sobre el terreno” (datos sistemáticos, muestreos confiables, hipótesis viables), brindaría herramientas metodológicas a los procesos de negociaciones de paz.

1 Al respecto de estudios sobre las violencias regionales existen valiosos trabajos como los de María Victoria Uribe (1989) en su libro, *Matar, rematar y contramatar: las masacres de la violencia en el Tolima, 1948-1964*. Así mismo Henderson, J.D. (1985), *When Colombia bled: A history of the violence in Tolima*, también Mauricio Rubio (1999) *Con el libro, Crimen e impunidad. Precisiones sobre la violencia*. Mary Roldan con la publicación de 2002, *A sangre y fuego. La violencia en Antioquia, Colombia, 1946-1953*. Y Mauricio Romero, (2000), con su libro, *Changing identities and contested settings: Regional elites and the paramilitaries in Colombia*.

Las actuales conversaciones de paz en la Habana (Cuba) entre las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y el gobierno nacional, pueden ser una oportunidad histórica en la mencionada dirección investigativa, sus múltiples aristas, ya han incluido la compleja problemática del agro y el campo, y las coyunturas de paros campesinos, mineros, protestas indígenas en la periferia rural del país, entre otros problemas, son síntomas que reflejan la crónica debilidad institucional y el histórico abandono del Estado al campo colombiano. Además de una relación dicotómica entre el centro del país y la periferia rural, tema del que se hace referencia en el quinto capítulo.

Es pues por todo lo anterior que este artículo sugiere un cambio metodológico en la manera en que se estudia el conflicto, a saber, generalizar de lo micro a lo macro para comprender el conjunto, es decir, de lo local a lo central; examinar y recolectar información de los hechos de violencia sobre los terrenos locales, las comunidades y los actores aislados e individuales; y reconocer el carácter histórico, cambiante y transformador de la violencia, lo que implica estudiar en retrospectiva a partir de una muestra más amplia del contexto histórico, una muestra de larga duración espacial y temporal.

Se utiliza el concepto de “innombrabilidad” del conflicto interno armado, más como herramienta metodológica para efectos del artículo, que como discusión semántica. Ello porque permite introducir el término de “guerra civil”, que al ser más amplio, resiste todo el ramillete heterogéneo, cambiante, evolutivo y continuo de las violencias, incluso las asociadas a la revolución, como es el caso del conflicto intrasocial del país.

La metodología de este artículo, parte de una pregunta que nació solo

después que el autor obtuvo su grado como politólogo. ¿Hay una o muchas formas de analizar el conflicto civil del país, que no sea el exclusivo enfoque político de la división o escisión fundamental entre los actores beligerantes del mismo, enfoque que por demás, es reiterativo en la propia academia?

La respuesta a la anterior pregunta, se ha ido desarrollando a partir de un análisis previo documental y referencias bibliográficas de importantes autores en la materia, entre muchos cabe mencionar por ejemplo, los aportes en teoría económica y en la comprensión de las dinámicas de violencia regional, en su orden: Mario Arango (1999), Boris Salazar y María del Pilar Castillo (2001), Álvaro Camacho (2003), Pizarro Leongómez (2004), Herfried Münkler (2004), de Carlos Medina (2005), Germán Valencia (2006) y Gustavo Duncan (2008) en el componente económico, y María Victoria Uribe (1989), Mauricio Rubio (1999) Mauricio Romero (2000), Mary Roldan (2002) para el componente de las violencias y dinámicas regionales.

A su vez el valioso aporte metodológico que brindo la lectura sobre la innombrabilidad del conflicto armado, por ejemplo, Carolina Ariza y Nataly Montoya (2010) (Los avatares de una guerra innominada), y para la comprensión de la teoría las guerras civiles y las tesis kaldoriana de las nuevas guerras, respectivamente, William Tobón, (2002), Eduardo Leongómez (2002) Emerson Forigua (2006), Fernán González (2006), Eduardo Posada (2001), Mauricio Romero (2007), Roland Marchal y Christine Messiant (2004).

La perspectiva teórica de este análisis está basada en el marco epistemológico del politólogo griego Stathis Kalyvas, sus numerosas publicaciones sobre las vio-

lencias y las teorías de la guerra civil sobre las dinámicas locales y regionales en las periferias conflictivas del mundo representan un valioso soporte de estudio.

1. Historias sobre el terreno, lo social y la política de las violencias del país

A principios del siglo XX Colombia vivía lo que sería considerado en nuestro tiempo, el inicio de la época de la violencia, y por aquellos años como ahora, la violencia se convertía en un cúmulo de hechos anecdóticos, de historia contadas de voz a voz, de relatos que causaban estupor y sensación.

En las primeras décadas del siglo XX en zona rural del Corregimiento del Silencio en el Municipio de Güática Risaralda, un hombre fue atacado a machetazos por un amigo. Los dos campesinos luego de departir unas cervezas terminaron discutiendo, hecho que llevó a que uno de ellos cercenara uno de los brazos del otro hombre. Los motivos de este incidente nunca se conocieron con certeza, lo cierto es que el suceso sumió a sus respectivas familias a una profunda enemistad que duro varias generaciones. Se conjetura que la discusión de esa noche, entre muchas otras, era política, ambos eran conservadores, y aunque sus familias estaban entremezcladas entre la afiliación liberal y conservadora, siempre se ha sobreentendido el suceso como una violencia partidista².

El anterior suceso pone de manifiesto el discurso ideológico que ha prevalecido desde la denominada época de la violencia política que llevaría posteriormente al conflicto binario, el cual ha subsumido los fenómenos de violencia local al amplio espectro de la lucha y la violencia nacional. Lo privado se ha extrapolado a la arena de lo público.

Desde el anterior punto de vista, la actual categoría adaptada al conflicto colombiano de “guerra interna”, que también se asocia al ramillete de guerras civiles pasadas, activa otras nociones que no se circunscriben única y exclusivamente a la división fundamental de violencia política, sino también a otro tipo de violencia como la privada y la local.

Un ejemplo de lo anterior parece cierto en dos de las guerras civiles del siglo XIX, la de los Supremos (1839-1841), y la guerra civil-religiosa de 1876. Estudios de la violencia sobre el terreno pudieron haber indicado, que además de la clásica adhesión a una u otra ideología política entre conservadores y liberales,³ y el disputado “derecho a la participación plena y autónomamente en la vida política” (Montoya, Buitrago, Escalante, Calle, 2011, p. 122), que repercutió en violencia eminentemente política desde la división central como se entiende en el discurso dominante, lo que pareció haber acontecido, fue la conversión de manifestaciones de violencia por básicos actos de fe y preferentes odios de sangre entre grupos familiares, renci-

2 Este relato fue contado a viva voz por Ramón Antonio al autor a principios de la década del 2000, por tanto no se tiene registro histórico o documento fechado que lo certifique como muestra o elemento verídico de investigación, sino más bien como un ejemplo ilustrativo para ampliar sobre el tema.

3 Estas guerras civiles de denominación partidista fueron “luchas por la definición del sujeto político” para el caso de la Guerra de los Supremos (González: 2006, p. 34-35), o por el tipo de régimen político adoptar, si centralista o federalista en la guerra civil religiosa de 1876.

llas que eran preexistentes o anteriores a las guerras mismas o incluso opuesta a estas guerras, pero que bastaron para activar la violencia entre unos y otros grupos locales.

La sugerencia advierte que la división local en los mencionados “odios de sangre” eran preexistente, pues antecedió a la lucha ideológica o división fundamental o central, y se le sumaba a esta, como lo menciona Stathis Kalyvas: “Las divisiones locales pueden hasta subvertir a las centrales causando conflictos dentro de campos políticos supuestamente unificados”. (Kalyvas, 2006, p. 513).

Los odios de sangre al tener más motivaciones personales de venganza, que razones públicas o políticas, crearon nuevas fallas manifestándose en violencia sobre el terreno. El libro *A sangre y fuego, La violencia en Antioquia, Colombia, 1946-1953* de Mary Roldan, brinda elementos para la comprensión de dicho fenómeno: “El enfrentamiento liberal conservador en Colombia “surgió con frecuencia de seculares odios de sangre familiares. Los liberales Urrego, por ejemplo, se unieron a Franco, mientras que sus enemigos de toda la vida, los Cossío y los Montoya de Caicedo, integraron las filas de la policía y las bandas de la contrachusma conservadora en las ciudades próximas. (Como se cita en Kalyvas, 2006, p.512)

Considere este relato ocurrido a principios del siglo XX. En confusos hechos un niño de escasos 8 años murió decapitado, luego de que se acercara a un establo vecino mientras miembros de un clan familiar realizaban su trabajo de despulpe de caña de azúcar con un gran pilar movido con la fuerza mecánica de un caballo. Este accidente hizo que ambas familias se convirtieran en enemigas durante generaciones, aunque después del incidente no hay evidencia que indicara que se hayan generado acciones de hecho violentas, la larga ene-

mistad de los feudos familiares se canalizó en insultos, vilipendios que no hacían referencia a la culpabilidad o no por la muerte del menor, sino a sus condiciones y afiliaciones partidarias, es decir, a sus condiciones políticas. Más allá del infortunado suceso que desencadenó la enemistad, lo que parece haber perdurado entre las dos familias han sido las diferencias políticas entre una familia liberal y otra conservadora⁴.

No resulta paradójico que la comprensión de dichos fenómenos de violencia local se hayan asociado al discurso dominante del conflicto interno armado del centro, después de todo, los núcleos familiares y las dinámicas locales han estado presente desde los inicios de la violencia en el país.

Los casos de estas dos familias muestra como las enemistades locales, violencia privadas o casos individuales, se han trasladado a las disputas ideológicas del conflicto político, conflicto que hunde sus raíces en la clásica división fundamental o central entre los directorios de los partidos tradicionales, que a su vez, avivaban la llama de la hostilidad de sus partidarios en las zonas de periferia del país, divisiones que hay que advertir eran eminentemente políticas y diferentes a las divisiones locales y privadas, como el ejemplo, el caso de este campesino y la profunda enemistad de sangre de las dos familias.

4 Entrevista realizada por el autor hace algunos años a Ramón Antonio Calle, campesino que habitó esa zona del centro de Colombia durante toda su vida, los testimonios orales donde se asocia violencia política con violencia intracomunitaria fue la constante de sus relatos.

En resumen, los odios de sangre, venganzas heredadas, disputas familiares o personales que se reflejan “sobre el terreno” y el plano local y privado de la periferia rural, parecieron haber sido subsumidos a la división central o fundamental de la lucha política ideológica del centro, en otras palabras, se descuidó arbitrariamente los conflictos y la violencia “sobre el terreno” (Kalyvas, 2006, p.497), es decir, las identidades, las acciones sustantivas y las divisiones locales e individuales se han sabido traslapar al contenido abarcador y abstracto del discurso político que domina la división central o nacional.

La anterior afirmación de ninguna manera es absoluta, pero si relativa, ya que no se puede afirmar que las violencias locales están desprovistas de contenido político, ni que las violencias políticas estén motivadas todas por motivos privados, sino que se suele interpretar toda la violencia que tiene lugar en las guerras civiles como sola y puramente política (Kalyvas, 2006, p.519).

Adicional a esto, las motivaciones intracomunitarias de los agentes locales y las estrategias de los actores extra-locales en un contexto de guerra civil logran articular y disfrazar en el ropaje del conflicto violento búsquedas de beneficios privados y públicos, es por ello que el concepto de guerra civil precisa ser el más acorde para este tipo de fenómenos intrasociales.

Que las historias sobre el terreno sean anecdóticas obedece precisamente a que son relatos que poco se han registrado sistemáticamente desde las herramientas metodológicas de la ciencia (ha prevalecido una inusitada escasez de datos), hecho que también ha llevado a

que sean poco estudiadas, además, que se observen desde el tamiz teórico de la división fundamental del conflicto binario. Esto ha tenido como consecuencia, que una proporción importante de la violencia haya permanecido invisible, (Kalyvas, 2009, p. 23).

Es pertinente adicionar que en las zonas rurales del país, existe, como lo manifiesta Gustavo Duncan (2007), históricos clientelismo armados, y sociedades pre-modernas de capitalismo incipiente, la escasa institucionalidad es la regla y por ende el mantenimiento de los registros es casi nulo por no decir inexistente. Ante dicha complejidad de regiones semi-atrasadas, la innombrabilidad de fenómeno violento, hunde sus raíces en la misma sociología de las regiones, pues lo social, lo cultural y lo político intersecan ineludiblemente en el conflicto produciendo un efecto correlacional, pero difícil de mensurar y analizar desde las herramientas de la ciencia social.

2. La innombrabilidad del fenómeno violento en Colombia, un recurrente juego semántico

Gonzalo Sánchez hace mención de 14 años de guerra de independencia, 8 guerras civiles generales, 14 guerras civiles locales, dos guerras internacionales con Ecuador y tres golpes de cuartel, (Sánchez, 2001, p 329), adicional a ello, el conflicto interno armado, la guerra sucia narcotraficante, los innumerables fenómenos de violencia homicida en las grandes zonas urbanas y ciudades intermedias y las incuestionable violencias intimas de carácter regional o periféricas; todo ello ha repercutido en que el

fenómeno violento del país sea de difícil denominación o categorización⁵.

Las distinciones básicas de dicha ambigüedad, están sustentadas en preguntas tales como: ¿es una guerra civil? (p.e., Posada, 2001); ¿una guerra revolucionaria y contrarrevolucionaria? (p.e., Franco, 2009); ¿una guerra contra la sociedad? (p.e., Pecault, 2001); ¿una guerra ambigua? (p.e., Pizarro Leongómez, 2004); ¿una guerra contra los civiles? (p.e., Eric Lair, 2001), o, ¿es una guerra contra el terrorismo?⁶.

La ambigüedad se puede explicar en las cifras de muertos por efecto del conflicto nacional, pues se tienden a sistematizar y analizar desde la categoría fundamental de “violencia política”, es decir, aquel resultado de la división fundamental central, y en menor medida, de las muertes que producen las divisiones locales sobre el terreno. Pero se debe tener en cuenta, que es generalmente en las áreas periféricas donde

en mayor proporción ocurre la escalada violenta, es decir, es el escenario natural del conflicto armado interno del país.

De cualquier manera, este artículo no centra su discusión en la semántica de la nominalidad del conflicto interno armado, sino como el concepto de “innominalidad” sirve como herramienta metodológica, después de todo, ya está ampliamente aceptado que el conflicto es una guerra: “(...) irregular, prolongada, con raíces ideológicas, de baja intensidad (...) en la cual las principales víctimas son la población civil y cuyo combustible principal son las drogas ilícitas.” (Pizarro Leongómez. 2004. p. 80).

Las acepciones anteriores sobre la nominalidad tienen un elemento en común, tratar de describir el fenómeno violento, por ende, la nominación es importante, pero afirmar, por ejemplo, que es sobreentendido que durante la “cruzada contra el terrorismo mundial” impulsada por los EEUU, la guerra en Colombia también es denominada como una guerra “contra el terrorismo”, repercutiría en simplificar el análisis al espacio temporal que se dio a partir del 11 de septiembre de 2001, invisibilizando las causas sociales o raíces profundas del conflicto interno de cuarenta años atrás a la fecha de los atentados al complejo financiero del World Trade Center.

La denominación de guerra revolucionaria y contrarrevolucionaria produce el mismo resultado, las conceptualizaciones dadas reducen el fenómeno al espectro de las icónicas o emblemáticas fechas asociadas exclusivamente al conflicto político.

Si la nominalidad o determinación de categorías fijas, no son tan importantes para los efectos prácticos de las

5 Sobre el carácter innominado del conflicto colombiano véase: Gutiérrez. Francisco. Nuestra guerra sin nombre: transformaciones del conflicto en Colombia. Bogotá: Norma, 2006. 607 p. Ariza Zapata, Carolina. Montoya Restrepo. Nataly. Los avatares de una guerra innominada, Cuadernos de Investigación. Universidad EAFIT. Mayo de 2010. 5-43 pp. Pizarro Leongómez, Eduardo. Colombia ¿guerra civil, guerra contra la sociedad, guerra antiterrorista o guerra ambigua? En: Análisis Político, IEPRI, Universidad Nacional, Bogotá. No. 046, Mayo-Agosto de 2002.

6 Noción adaptada a partir de la guerra preventiva promovida por los EEUU. Tras los atentados del 11 de septiembre de 2001, ello la ajusta a la caracterización de desideologización del conflicto “después de la caída del comunismo, así como en su identificación como una guerra por recursos económicos generados en los flujos internacionales, cambiando de una guerra local o regional a una desnacionalizada y global. (Valencia, 2006, p. 157).

descripciones de las dinámicas regionales, la herramienta conceptual de “guerra civil”, es más eficiente en este tipo de descripción y análisis (Sin ser categórico en la afirmación de que el conflicto en Colombia se nomina como una guerra civil).

En efecto, en el libro *Remaking Ibiaca: Rural Life in Aragon under Franco* de Susan F. Harding, se describen los conflictos civiles como una “mezcla [...] o ribetes de luchas complejas”, (Como se cita en Kalyvas, 2006, p.59), que adicional a ello tiene: “muchas capas [...] y son compuestas por fluidos de conflictos, [...] que “se superponen parcialmente, diversos y localizados, con pronunciadas diferencias de región a región y de valle a valle, reflejando la ruptura de la autoridad” (Kalyvas, 2006, pp.507-508). Dicha ruptura se presenta en fracciones y variedad de “micropoderes” de naturaleza local, un “mosaico de miniguerras separadas” (Kalyvas, 2006, pp. 507- 508), micro poderes, cuya naturaleza en muchas de las ocasiones no tuvieron nada que ver con la política de centro o la alta política.

Para comprender lo anterior, se sugiere que las guerra civiles más que simples conflictos binarios pulcramente ordenados a lo largo de una sola división del asunto, son procesos que brindan un medio para que una variedad de ofensas salgan a flote dentro de un conflicto mayor, particularmente a través de la violencia (Kalyvas, 2005, p.59).

Por lo anterior, es el concepto de guerra civil, la que soporta todos los tipos de violencia, de todos los tipos de contexto y divisiones, de todas las clases de grupos sociales, sean políticos o privados, sean las derivadas de estrategias

políticas de grupos beligerantes o manifestaciones violentas individuales de odios sectarios, faccionales, de sangre de feudos o clanes familiares, no dispuestos en un plano unidimensional y unitemático del conflicto binario, sino en el plano multidimensional y complejo de las divisiones privadas a nivel local sujetas a las dinámicas de los contextos periféricos.

Reflexionar sobre este punto en cuestión, repercutiría a cambiar la lógica de la semántica y la nominación del conflicto, pues, no se desconocería la compleja trama regional que interseca con la historia oficial de violencia contada por los estudiosos del centro del país. En el fondo del asunto está la violencia agazapada en las regiones.

Kalyvas ha advertido que la complejidad de violencias sobre el terreno como el nuestro, obedece a la categoría de guerra civil, pero si el término resulta demasiado exagerado se puede indicar que el conflicto es una “guerra contra la sociedad” o “guerra entre civiles” (p.e., Tobón, 2002, p.160. Montoya, 2012, p. 137). De igual forma, estos o cualquier apelativo que se le quiera imputar, no resultaría tampoco muy generoso, y no parece que haga falta que se cumpla con rigurosidad los estándares internacionales para denominar el conflicto violento con dicha categoría.

A razón de lo anterior bastaría denotar la compleja y múltiple trama de las violencia que asolaron y asolan la periferia y genera incertidumbre en el centro del país, y que por demás, no están registradas sistemáticamente, (hay carencia de datos, alta impunidad y un desconocimiento desconcertante), para darle una visión semántica de forma y fondo al juego de palabras, un juego semántico que esconde innumerables

consecuencias de intereses políticos y útiles discursos de poder⁷.

El alcance de la anterior afirmación, puede destacar que el elemento periférico de las violencias, se articula con una noción dicotómica entre centro y periferia, provocando que la innombrabilidad del conflicto parezca ambigua precisamente porque dentro del periodo corto de contextualización del conflicto actual, las regiones del país siendo uno de los renglones más importantes de análisis, parecieron estar al amparo del protagonismo del centro y este protagonismo refleja una tensión no resuelta entre el mundo rural y el mundo urbano.

3. Contextualización del periodo largo de las violencias

Elegir otro periodo de contextualización del conflicto interno armado, tiene implicaciones difíciles de asumir, el más relevante sería aceptar la continuidad del periodo largo que antecede al inicio de la guerra interna o guerra de guerrillas, esto es, entre 1964 y 1974, con el periodo anterior de violencia en la fase gaitanista (aproximadamente entre 1948 y 1964), y mucho más allá, en la violencia de autodefensas campesinas de los

años treinta, y estas a su vez con las confrontaciones bélicas de las guerras civiles del siglo XIX y principios del XX.

Se trataría entonces, de no desligar las profundas causas de la violencia de casi dos siglos, con las raíces de la violencia política de hoy en día, sin perder de vista los procesos concomitantes e intermitentes que tuvieron lugar en ese periodo largo y que no fueron solo hechos y violencias políticos, sino también violencias privadas.

Significaría ir más allá de las fechas icónicas o emblemáticas, y que por demás solo sirven para las intenciones de comprensión del conflicto binario y político. 1964 para el caso de las FARC, cuando el gobierno del conservador Guillermo León Valencia bombardeó la región al sur del departamento del Tolima; 1965 para el ELN, año en que hace su primera incursión militar o toma de Simacota en el Departamento de Santander; y 1974 para el M-19, año en que termina la alternación del poder presidencial entre conservadores y liberales o Frente Nacional (1958-1974), y en que la organización guerrillera nace tras el supuesto fraude electoral en las elecciones presidenciales del 19 de abril de 1970⁸.

Las anteriores fechas fueron emblemáticas para las guerras de guerrillas y la opinión pública en general, pero no sobresale de los análisis más que asuntos políticos y la división en términos binarios entre los revolucionarios por revertir el orden establecido y el Estado central por preservar el statu quo.

Antes del ataque a Marquetalia, por ejemplo, en abril de 1948, fue asesinado

7 En el periodo presidencial de Álvaro Uribe (2002-2010) la violencia efecto -de los grupos irregulares, en especial de las insurgencias de izquierda- los calificativos no fueron indulgentes y sí peyorativos como de violencia anárquica y terrorista, en el gobierno de Juan Manuel Santos se reconoció el carácter de conflicto interno armado, discurso que dota a los actores al margen de ley, de estatus político y beligerante, este trato diferencial ha abierto las puertas a la negociación, en síntesis, un discurso de poder ha abierto la posibilidad de una paz negociada.

8 El presunto fraude dio como ganador Misael Pastrana Borrero sobre el general Rojas Pinilla.

el líder dirigente del partido liberal, Jorge Eliecer Gaitán, el hecho causó conmoción tanto en Bogotá, como en numerosas regiones del país, hubo violencia, y se presume que el denominado “bogotazo”, fue el inicio más que Marquetalia, de una inusitada rebelión e insurrección popular, pero más que eso, también génesis del conflicto político. Las historias de terreno de las violencias privadas, nunca se conocieron, parecieron no existir por esos días de convulsionadas correrías y agitación política nacional.

Lo que se sabe del conflicto interno armado, en relación a su contextualización fueron esos hechos emblemáticos, los lugares icónicos, las historias sobresalientes y los personajes vistosos (la historia política a nivel macro-nacional), todo ello, no ha permitido observar los otros fenómenos violentos que se daban también en paralelo con la historia oficial, en el detalle que acontecían en el nivel micro-regional o sub-nacional y comunitario a la par con los actos de violencia política.

En consecuencia, los estudios que conceptualizan a partir de la división fundamental, tienden a perder esos detalles, y no es para menos, sistematizar y acumular datos precisos de regiones apartadas, motivaciones privadas, personajes secundarios, acciones individuales, técnicas culturales, venganzas de sangre, feudos de sangre, es decir, procesos sociales y violencias íntimas en regiones relegadas de los sucesos importantes que definían la construcción del Estado nación, es extremadamente difícil.

Adicional a todo esto, las historias sobre dichos terrenos carecían de un método riguroso que las observara, las fuentes orales, terminaban así convertidas en relatos asombrosos, donde los

académicos de las urbes pocas herramientas tenían para su comprensión.

Así es que la contextualización actual del conflicto interno armado, se percibe sobre un campo unitemático del discurso ideológico dominante, esto es, desde la división fundamental y dispuesta en la concepción de la guerra bipartidista entre conservadores y liberales, en un primer periodo o fase (en las guerras civiles del siglo XIX), el posterior periodo de la época de la Violencia antes y después de la muerte o magnicidio del caudillo liberal Jorge Eliecer Gaitán el 9 de abril 1948, y la actual guerra de guerrillas tras el Frente Nacional (1958-1974) hasta la actualidad.

Conceptualmente hablando, la división fundamental hila la dualidad por un lado y la dicotomía por el otro que impera en la teoría política y en realidad objetiva del conflicto, a saber, las causas de los levantamientos o causas objetivas, (plasmadas en los memoriales de agravios insurrectos que justificaba el levantamiento en contra del Establecimiento) que se suele defender desde los teóricos de izquierda, con las razones económicas de la guerra, lo que significa, con los motivos de índole codicioso que determinaba que una guerra fuera prolongada o no, es decir, los beneficios económicos de continuar o dar fin al conflicto que defiende los teóricos de derecha.

Para expresar lo anterior de otra manera, la división fundamental es el paraguas que refleja la dicotomía entre lo público y lo privado para los grupos beligerantes, que se denominan “codiciosos y depredadores” según la percepción de sus intereses privados, o “justos bandidos sociales” reivindicadores de nobles causas, según sus métodos y estrategias de confrontación pública y abierta contra un Estado arbitrario.

Estas últimas categorías de análisis o noción dicotómica del conflicto entre “agravios/descontentos versus codicia/depredación”, se baten actualmente en el contexto de la globalización según la teoría de Mary Kaldor (2001).

Es pues el siglo XXI como contexto histórico, una válvula de escape para quienes ven en las dinámicas insurrectas solo depredación y violencia desorganizada, es decir, violencia sin sentido y desideologizada, por la pérdida de referencias tras el fin de las ideologías dominantes de la Guerra Fría. (p.e., Enzensberger, 1994; Kaldor, 2001; Münkler, 2005; Collier, 2001), y es el contexto colombiano un escenario natural donde dichas teorías encuentran terreno fértil.

En la globalización y la privatización de la guerra (desde 1991 aproximadamente), las negociaciones en esta fase de la historia están influenciadas por esa visión económica y codiciosa de quienes hacen el conflicto. Si el conflicto se entiende como una lucha y puja de poder entre centro y periferia, el centro tiende a ver las regiones como feudos recalcitrantes y violentas sin sentido, cuando, siendo justos con la historias de las regiones, lo que ha prevalecido es un abandono estructural por se un Estado débil y alejado de la realidad regional.

4. Alternativas conceptuales para comprender el conflicto intrasocial

Plantear un análisis novedoso de estudios sobre la violencia en Colombia como alternativa a los estudios dominantes, no es tarea fácil. Primero que todo se debe empezar por cambiar el modo en que miramos el propio conflicto interno, ello implicaría un cambio

de categorías, variables, de espacio temporal, y de herramientas metodológicas de análisis.

La mirada que los estudiosos hacen del conflicto suele encausarse en lo que Kalyvas (2006, 2009) a denominado “sesgo urbano”, que consiste en observar desde las grandes ciudades o desde el centro del país, fenómenos exclusivos de índole regional y local, una implicación que ello conlleva, entre muchas otras, es que se pasan por alto las historias que sobre el terreno han acontecido antes, durante y después de un conflicto o batalla importante que ha cobrado relevancia precisamente porque han sido fáciles de observar.

Para ilustrar lo anterior, el ataque o bombardeo al territorio de Marquetalia ocurrido en 1964, se convirtió en importante punto de partida para los análisis, no porque realmente hubiese sido lo que más importara, sino porque las violencias que se desarrollaron antes o después de este ataque, no se pudieron apreciar o visibilizar.

Así Marquetalia ha sido un icono, fue un bombardeo de grandes dimensiones, tuvo la aquiescencia y la participación del gobierno de los EEUU, el convencimiento de la élite dirigente, movilizó los incipientes medios de comunicación, en conclusión, fue una incursión por todo lo alto, convirtiendo esa fecha específica (el 27 de mayo de 1964) en el inicio de la guerra de guerrillas.

Apreciar la magnitud de los combates hombre a hombre, las pequeñas acciones de los campesinos del corregimiento de Gaitanas en Tolima por esos días, sus conflicto y sus divisiones no era posible, es por ello que sus acciones se convirtieron en mitos, y lo mitológico es perdurable pero no sistematizable, de ello surgen narrativas y anécdotas que

poco puede tenerse en cuenta para la ciencia.

Y como este, los ejemplos sobrarían, municipios celebres como Sumapaz, Villarica y Cunday en el Tolima, El Pato, el Guayabero, Sumapaz, la región del Ariari, todas consideradas en su época como “Repúblicas Independientes” (González, 1992), Riochiquito en el Departamento del Cauca y el bastión militar de las FARC en San Vicente del Caguán en Caquetá, fueron ejemplos de “colonización armada” en términos politológicos y se recuerdan por que fueron fácilmente observables. Pero sin duda, remotas regiones a lo largo y ancho del país por esos años también se debatían en violencias fratricidas, se formaban y se destruían feudos, se alimentaban las rencillas y venganzas de sangre, e incluso alimentaban el conflicto político y binario, pero más allá de lo remoto, ha sido incipiente su comprensión y estudio.

Fácil de observar, fue por ejemplo, la batalla de Peralonso y Palonegro en la última de las guerras civiles, la de los mil días (1899 - 1902), además de emblemática por ser una gran contienda militar librada entre conservadores y liberales por imponer su visión particular de Estado, (en última instancia se definía nada más que el tipo de régimen a adoptar, si centralista o federativo). Pero es casi seguro que tras Peralonso y Palonegro se escondían historias sobre el terreno local, hechos individuales y particulares que no importan a la hora de la comprensión del fenómeno macro-político en una guerra civil que conceptualmente se definía como de índole pública. El sesgo urbano ha prevalecido incluso desde esos remotos años.

En efecto, entre muchas de las causas de las guerras civiles del siglo XIX, el común denominador en la visión de la

mayoría de los observadores y sus estudios sobre el fenómeno, se encausaban en conceptos y variables donde prevalecían casi exclusivamente las nociones políticas, como la búsqueda de la esquiwa “unidad nacional”, o el tipo de régimen a implantar según los cambiantes y pasajeros cambios de poder.

Se argumenta que los rojos y los azules, los jefes de los partidos políticos, las elites dirigentes, siempre dividieron al pueblo, esa noción un tanto abstracta, entre conservadores y liberales, pero este pueblo “se dice que libró su lucha de manera pasional y vengativa, pues recordaba, por ejemplo, un ser querido muerto en combate” (Montoya et al, 2011, pp.117-118), siendo entre tanto la adhesión al partido más accesoria, que leal, es decir, por lo regular efímera y débil.

Lo anterior destaca una motivación personal más que política entre los grupos sociales, se argumenta que los partidos “necesitaban siempre afecciones y adherentes, dándole al pueblo un motivo o una misión de proyecto de Estado” (Montoya et al, 2011, p. 118), lógico es que los intereses de las clases dirigentes y los partidos políticos, pocas veces coincidían con los intereses de la gente del común, evidenciando que bajo el ropaje de la alta política se escondían de parte y parte motivaciones de índole privadas.

Se puede considerar entonces, que inclusive en las guerras civiles, en la posterior época de la violencia hasta el Frente Nacional, todo parecía circular en las divisiones partidista, en los faccionalismo armados e ideológicos, en las disputas por los pretendidos regímenes políticos, la participación política, la comunidad imaginada bajo el concepto esquivo de unidad nacional, y el asunto no cambió después del Marquetalia y el Frente Nacional, pues impera el discurso dominante del conflicto y la violencia política.

En este mismo sentido, la visión unitemática de la violencia y la división fundamental se ha empezado a conjugar e imponer desde más allá del pasado siglo: “El siglo XX no estaría lejano de la visión de un país polarizado entre dos ideologías fundamentales (...)” (Montoya. Et al. 2011. p. 123), con ello presenciaria el nacimiento de la versión de guerra de guerrillas modernas y también de su antítesis, el contrarrevolucionario paramilitarismo⁹: “el panorama se pobló de siglas: FARC, ELN, M-19, pero también MAS, Tiznados, Justicieros, etc.” (Pulido, 1999; p. 83).

En síntesis el periodo corto de contextualización cronológica del conflicto, está dividido en tres etapas históricas, la primera desde fines de 1949 hasta mediados de 1953, que fue un movimiento de influencia liberal, con ayuda comunista (Vieira, 1973, p. 41), la segunda etapa empieza con el repliegue de las guerrillas de autodefensas comunistas en 1954, periodo categorizado como la “colonización armada” y donde estas se emplazan en la región de Sumapaz, Huila y Tolima, haciendo de estas zonas grandes feudos guerrilleros o “Repúblicas independientes¹⁰”. Y la tercera etapa, la del Frente Nacional, luego del Ataque a Marquetalia y consolidación del grupo guerrillero de las FARC, donde empieza el periodo de la guerra de guerrillas moderno de nuestros días. (Montoya et al, 2011, p. 137).

Pero este periodo corto se desliga con la lejana violencia de guerra civil, y más aún, con la violencias privadas que difícilmente fueron sistematizadas, se liga sí, con la terminología y el campo conceptual y analítico de las ciencias sociales, por demás fácil para los estudiosos, donde por supuesto, el énfasis que se le ha dado a la guerra intrasocial está puesto en las “diferencias en el plano ideológico”, (Ariza & Montoya, 2010.p.47), y en el “cierre del sistema político” (Valencia, 2006. p. 147).

En consecuencia con lo anterior se observa la continuidad y el peso que han tenido las ideologías abstractas y universales, la permeabilidad y la influencias de las ideas revolucionarias tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, la posterior bipolaridad de los dos grandes bloques comunista y capitalista en la Guerra Fría, las triunfantes revoluciones sociales, o los denominados socialismos reales de la segunda mitad del siglo XX, que influyeron directamente tanto en los grupos subversivos, como en los académicos y los observadores del fenómeno insurgente.(p.e., Fals Borda, Umaña & Guzmán, 1977; Arango, 1999, González. 1992; Pizarro Leongómez, 1989; Sánchez. 1989; Vieira, 1973). (Estos autores produjeron análisis históricos y explicativos sobre sus orígenes, y bibliografías descriptivas acerca de las causas del levantamiento en armas).

9 Existen excepcionales análisis sobre esta variable dependiente del conflicto colombiano, del paramilitarismo se ha develado información sobre sus fuentes de financiación, las alianzas políticas, el accionar violento, el poder territorial, además de los alcances, retrocesos, éxitos y fracasos del proceso de negociación que dio en teoría fin al fenómeno, y la Ley de Justicia y Paz (Ley 975 de 2005) (p.e., García, Daniel & Peña Jaramillo, 2005; Medina. 2005; Cubides, 2005a, 2005b; Duncan, 2007, 2008; León Valencia, 2007, 2008; Molano, 2008; Romero, 2007, 2008; Álvaro Rodríguez, 2009; Romero Vidal & Arias, Angélica, 2008; Ávila, Martínez & Magda, Paola, 2008; López, Claudia & Sevillano, Óscar, 2008; Espinal, Manuel, & Valencia, Germán.2008; Valencia, Germán & Mejía, Carlos, 2010; Montoya, 2012).

10 Para la época y según una denuncia del Senado Álvaro Gómez Hurtado en la administración del Presidente Guillermo León Valencia, existían dieciséis republicas independientes que escapaban al control soberano del Estado central.

4.1 Una errada caracterización de las dos ideologías principales con que se analiza el conflicto violento de Colombia

Dicho énfasis en la manera como se estudiaba el conflicto desde las ciencias sociales, estaban en la misma onda con la moda del momento, los análisis se presentaban en consonancia con las orientaciones ideológicas e influencias políticas de la época, años en los que la teoría marxista estaba en boga y representaba una alternativa real frente al sistema imperante, el capitalismo y su teoría del liberalismo económico.

Las aberraciones que el capitalismo siempre ha detentado y que le han sido imposible ocultar, el revisionismo marxista-leninista las denunciaba, con ello, esta teoría atrajo y agrupó a muchos académicos en todo el planeta y revolucionarios de todos los rincones del orbe.

La moda revisionista no tenía exclusividad y el contexto colombiano era el escenario evidente y concluyente donde todas las causas objetivas y estructurales se conjugaban. Los procesos revolucionarios estaban a pedir de boca, los levantamientos campesinos enardecían y en las ciudades la que otrora era una clase obrera desarticulada y desorganizada, se movilizaba en paros y se organizaba en sindicatos. Los grupos insurgentes del campo (FARC -EP, ELN, Quintín Lame, entre otras) y de las urbes (El M-19), que por demás representaban sus necesidades, leyeron esta situación, cierto es que este periodo reflejó el crecimiento del mayor número de grupos guerrilleros en toda la historia del país¹¹.

En el contexto de antes de la globalización y el auge de los socialismo reales, las nociones sobre las causas objetivas de la luchas de clases parecían ser la regla para muchos académicos, los agravios colectivos cobraron relevancia, las causas de los levantamientos en armas consecuencia de los descontentos estaban legitimados en un amplio sector de estudiosos.

En contraposición también habían quienes no estaban a favor de los memoriales de agravios, quizás denotaron en sus homólogos y colegas un arraigo ideológico, el hecho es que imprimieron de contenido económico las razones de los alzamientos en armas (p.e., Forigua Rojas, 2006; Pizarro Leongómez, 2004; Restrepo, Jorge A. & David Aponte. 2009), en el marco de las acciones racionales de los actores en conflicto en la búsqueda por maximizar las ganancias compitiendo por recursos escasos con medios para usufructuar y obtener beneficios económicos de la guerra¹², todo

11 Según referencia una edición de la Revista Diners de 1997, existían 17 grupos guerrilleros creados todos en la década de los noventas. Véase: Pulido de Isaza. Ligia. Revista Universidad Cooperativa de Colombia. No 70 enero-abril. 1999. Medellín.

12 En el plano internacional, Herfried Münkler (2005), es una autoridad académica en el asunto económico de las guerras civiles, en sus argumentos se destacan una racionalidad económica utilitaria, un tipo de racionalidad de empresarios, políticos, y de la población armada en una “unión” de lógica empresarial, política y militar, (Münkler, 2005, p.120) el “warlorismo” o “señores de guerra” es la constante en sus análisis. También, la desestimación de las causas objetivas en Colombia, ha llevado a algunos estudiosos a introducir métodos propios de la ciencia económica como la teoría de la elección racional o “rational choice”, (p.e., Fernández Ruiz, 2004): “la teoría de juegos en las ciencias sociales” introduce la variable de “incentivos de individuos racionales en la competición de beneficios. Yuri Gorbaneff y Flavio Jácome (2000) proponen juegos estratégicos de actores racionales (campesinos, insurgencia y Estado). Y los estudios de actores en un juego de cálculos matemáticos y toma de decisiones (p.e., Restrepo, 2001).

sin darse cuenta que también estaban motivados por una ideología contraria, e influenciados en el uso de la teoría Kaldoriana y su tesis de las nuevas guerras (2001)¹³.

Otros fueron incluso más allá, enfocándose en la hipótesis de la lucha por la “codicia” y el “botín” (Salazar, Boris & Castillo, María del Pilar, 2001. Rubio, 1999. Romero, Mauricio. 2000).

Lo anterior causó, un sesgo conceptual que los llevó a desestimar las razones ideológicas del conflicto, las causas originarias de los alzamientos en armas de las luchas campesinas por la tierra, y los procesos sociales que los antecedieron, hecho que indudablemente existe en el conflicto colombiano, pues como argumenta Álvaro Camacho, las causas del conflicto está en el “largamente larvado problema de la inequitativa distribución de la tierra y el fracaso consuetudinario del Estado colombiano en su solución”. (Camacho, 2003, p.12)

En cualquier caso, los métodos de análisis del conflicto colombiano, tanto los que hacían énfasis en las causas objetivas, como los que se adhieren a las razones económicas, se enmarcaban en lo que Kalyvas denominó la tendencia metodológica de los intelectuales, “a estar primeramente motivados por la ideología”, y “abrumadoramente inclinados a asignar motivos ideológicos” a sus estudios. (Kalyvas, 2006, p. 61).

Luego sobreviene el periodo de la globalización y el fin de los socialismos reales. Tras la caída del muro de Berlín (1989) y el fin de la bipolaridad entre el bloque este – oeste (1991), la referencia

conceptual cambia de paradigma, ese deslinde es interpretado como el de la pérdida de las referencias ideológicas que les dotaba de legitimidad y autoridad moral ante la lucha.

En el paradigma de la “desideologización”, se empezaría a hablar de la categoría de “guerras en contra la población”, para diferenciarlas de las clásicas guerras consideradas “con y para la población” (las guerras civiles de antes de la globalización y el fin de la Guerra Fría) según el marco conceptual de la teoría de las nuevas guerras, en otras palabras, las de ahora vistas como guerras en extremo degradadas, codiciosas, tradicionales y fundamentalistas, o como “fenómeno criminal más que político” (Kalyvas, 2006, p.520), en palabras de Roland Marchal y Christine Messiant (2004, p. 21), las que se establecerían “por medio de una mezcla de técnicas de guerrilla y de contra-guerrilla, dando lugar a crímenes en masa, y a desplazamientos forzados”.

La fórmula económica fue simple y concluyente: desvirtuar la diada agravio/descontento, y legitimar y dotar de valor la diada codicia/depredación, así por simple semántica, y siguiendo la moda del boom de la teoría liberal y el economicismo racional, se argumentaba que motivos, objetivos, técnicas y financiación de los nuevos conflictos habían cambiado (p.e., Ariza, Carolina & Montoya, Nataly, 2010, p. 10), transformándose en una compleja mezcla de intereses colectivos y razones particulares o privadas, que tornaron difusos o “asimétricas” las técnicas de la confrontación (Münkler, 2005, pp. 91-92).

Por el contrario Kalyvas argumenta que ha sido un error conceptual establecer diferencias fundamentales entre las

13 Kaldor, Mary, (2001), *Las nuevas guerras. La violencia organizada en la era global*. Barcelona: Tusquets Editores, 242 p.

nuevas y las viejas guerras, pues se basan en la adopción acrítica de categorías y denominaciones, “fundadas en una (...) errada caracterización”, pues si bien las diferencias existen, la evidencia sugiere que estas “suelen ser menos pronunciadas de lo que usualmente se argumenta y que (...) no pueden ser ordenadas bajo una dicotomía hecha en torno al fin de la Guerra Fría” (Kalyvas, 2005, pp. 51- 75).

En el año de 1991, bajo el dominio de las ideas de la diada codicia/depredación, se inició el proceso constituyente que daría vida a la actual constitución política. Se presumía que el “cierre del sistema político”, sería solucionado con la nueva carta democrática, o por lo menos, en la época se pensó, pero el conflicto continuo e incluso se profundizó con la transformación que generó la Constitución Política de 1991” (Valencia, 2006, p. 147).

Esto advierte que la división fundamental no explica por sí sola el prolongado conflicto, pues lo que debió haber sido en la época de los noventa un paliativo a la exclusión política y un ambiente para dar fin al conflicto gracias al democrático proceso nacional Constituyente, no solucionó el problema, y se puede intuir que tras de la persistencia de este, esta la puja desigual e histórica entre el centro del país y las sociedades regionales de la periferia.

5. Centro y periferia una relación dicotómica por superar

Las tensiones no resueltas entre el mundo rural y el mundo urbano están en el marco de la soberanía fragmentada o dividida del Estado central, es decir, históricamente la soberanía en Colombia no es total, es parcial y esta segmentada,

se aduce sin embargo, que la polarización del país no es de tal magnitud que se pueda hablar de una soberanía escindida en términos generales, y por ende de una guerra civil¹⁴. Por lo pronto las instituciones, el Estado Social de Derecho sociológica y jurídicamente están garantizadas.

Se sabe pues, que ningún actor armado ha tenido o tendrá el suficiente capital social o apoyo importante de la población en su conjunto, “ni la guerrilla, ni los grupos paramilitares (...) representan a ningún conglomerado social de importancia que pueda arrebatarse el poder al Estado central. (Pizarro Leongómez, 2004, p. 62).

Las razones expuestas atrás no son muy generosas a la hora de hablar del pulso entre el centro y la periferia, pues históricamente la nación (ese concepto de comunidad imaginada) ha estado escindido de una parte considerable de su territorio, han existido regiones con “proto-estados”, o gérmenes de contraestados locales (Pizarro Leongómez, 2004), o estados de facto (Duncan, 2008) que en la práctica han sido soberanos en sus lugares de influencia, En palabras de Leongómez: “La guerrilla y los paramilitares representan dos polos de la sociedad rural: la guerrilla sería la expresión de los campesinos pobres y los colonos, mientras que las autodefensas representan a los campesinos ricos y a los hacendados” (Pizarro Leongómez, 2004, p. 60).

14 Existen tres características principales de las guerras civiles: (1) la existencia al menos de dos proyectos de sociedad antagónicos; (2) los cuales dan origen a una enconada polarización nacional que se expresa en el terreno del enfrentamiento armado; y (3), la existencia de una “soberanía escindida” (Kalyvas, 2001, p. 7).

Pero en términos generales, la anterior acepción remite al carácter político del asunto, es decir, a la escisión o división fundamental de la teoría dominante, o noción dicotómica entre lo público y lo privado, o entre el centro y la periferia.

El anterior es el error conceptual del que reiteradamente se ha expuesto en este ensayo, pues el aporte consiste en develar las diferencias entre la violencia públicas o políticas de las violencias privadas y locales, esas pequeñas luchas cotidianas del día a día que se manifiestan en el “micro-nivel” de contexto regional (Kalyvas, 2006) y las estrategias de los grupos armados del conflicto binario o “macro-nivel” nacional, que en muchas de las veces pareció ser solo un pretexto de los pobladores locales para obtener beneficios personales.

En este orden de ideas William Tobón, argumenta que la guerra se acerca más a “una violencia contra y entre la población civil, de acuerdo con un carácter triangular que involucra no sólo a dos o más actores armados sino también a los civiles, y que una tácita colaboración entre estos actores termina cambiando y redefiniendo el curso de la guerra y las formas de violencia, en una guerra en la cual se enfrentan los ciudadanos (Tobón, 2002, p.160).

En este sentido, mientras que para Mary Kaldor la violencia local de las guerras civiles, por ser precisamente locales, eran “desideologizada” y “apolíticas”, su tipicidad era degradada y exclusivamente codiciosa, Kalyvas, analiza los procesos locales como una transformación de “la búsqueda de victoria y poder de los actores políticos y la búsqueda de beneficio personal y local de los actores locales o individuales en un proceso conjunto de violencia.” Existiendo una “conexión entre la elite y la dinámica sobre el terreno” (Kalyvas, 2006, p.498).

La conexión es clave para comprender la dicotomía centro y periferia, pues remite a otro concepto clave, la “alianza” (Kalyvas, 2006, p.523). La alianza es descrita como un proceso de “convergencia de intereses por medio de una transacción entre actores supralocales y locales (Kalyvas, 2006, p.529).

Este instrumento metodológico de la alianza permite la comprensión de que el conflicto nacional y central, es también un conflicto descentralizado, pues ocurre en simultáneo y en mayor proporción en el mundo rural, pero paralelamente, el conflicto local del mundo rural se sabe que está vinculado al conflicto nacional o central.

De este modo, el conflicto civil colombiano puede ser también “un proceso que conecta la búsqueda de poder de los actores colectivos y la búsqueda de ventajas de los actores locales. O, dicho de otra manera, la violencia puede también ser un beneficio selectivo que produzca movilidad local por medio de alianzas. (Kalyvas, 2006, p.524).

La historia de los grupos subversivos y paramilitares es la regla que comprueba lo anterior, ante la debilidad institucional del Estado central por legítimar su soberanía en el territorio nacional, estos actores supralocales crearon no solo nichos sociales en lo local a fines a sus políticas, sino que se hicieron al control territorial en zonas de frontera.

La “colonización armada”, por parte de las guerrillas, y la reconquista en los años ochenta de territorios por el paramilitarismo en zonas de histórica influencia guerrillera, se puede leer no solo como estrategias de los actores armados por posicionar su lucha política y su control territorial, sino además, como lógicas de reacomodamiento de las poblaciones locales ante las ventajas

y la posibilidad de obtener beneficios, utilidades e incentivos derivados de la presencia de los grupos al margen de la ley en sus entornos naturales:

“Los actores políticos externos a la comunidad juegan un papel crítico en la conversión de los conflictos locales y privados en violencia porque ofrecen incentivos sin los que los actores locales no podrían o no desearían emprender la violencia”. (Kalyvas, 2009, p.524).

Un ejemplo de lo anterior sucedió cuando el paramilitarismo como actor supralocal y “estado de facto” en numerosas regiones, logró una conversión de intereses con los actores locales transformando el orden social, e instaurando un “particular sistema jurídico” gracias al control territorial, donde los lugareños acudían a ellos para saldar querellas personales, demarcación de predios, robos de ganado, o cualquier otra controversia o disputa personal o privada, mientras las autodefensas conseguían zanjar, por medio de políticas dirigidas, la falta de aceptación social, implantando proyectos como construcción de pozos, fuentes de agua, repartición de tierras, dotación de escuelas y puestos de salud, entre otras. (Duncan, 2007, p.272)

De este modo, el concepto de “alianza”, como lo explica, Kalyvas (2006), tiene el efecto práctico de convertir lo que es una dinámica compleja como la del mundo rural colombiano, en una “teoría tratable”, donde los conflictos civiles concatenan múltiples y dispares divisiones locales que estuvieron dispuestas en torno a la división fundamental.

Reconciliar dentro de dicho marco analítico, “las motivaciones [...] que se pensaban “contradictorias (...), tales como la acción estratégica por parte de los actores políticos y la acción oportu-

nista por parte de los grupos y los individuos locales.” (Kalyvas, 2006, pp. 525, 527), incluye la posibilidad real de mirar la diada centro-periferia como correlacional entre sí, y no como dicotómica entre las partes, es decir, entre las divisiones locales y sus motivos oportunistas y la división central y estratégica de los actores armados.

A razón de lo anterior, deja de ser preeminente lo político sobre lo privado, en términos conceptuales, el primero no se disocia ni superpone sobre el segundo, como ha prevalecido en los estudios del fenómeno violento, sino que ambos (lo político y lo privado) se sitúan y asocian al mismo nivel, la desmitificación del conflicto interno armado obedece a esta noción correlacional.

Sin duda, este novedoso marco de la alianza, matiza la guerra entre civiles que vive el país, ayudando a percatar que tanto la violencia privada, como la política no es tan degradada y anárquica, como la hace ver la teoría económica de la “codicia”, y que el conflicto político no es tan fundamental como se ha hecho ver bajo la noción de las causas objetivas de los “agravios”.

Conclusiones

La realidad del narcotráfico, una economía que nace en la periferia del mundo rural y sus sociedades locales, es un tema que se debe abordar sin reparos sobre cualquier mesa de conversaciones, pues como lo argumenta Duncan (2007), este negocio transformó estructural y radicalmente los órdenes regionales, y ofrece beneficios a los pobladores. Revertir esos órdenes de ilegalidad imperantes en la periferia requiere intervenciones contundentes del centro del país; inversión en

infraestructura y desarrollo económico y social, puede transformar paulatinamente la vida de ilegalidad y violencia a un orden democrático de legalidad y de modernidad.

El narcotráfico no siendo la única motivación de la persistencia del conflicto, si puede ser uno de los principales motivos, pues desde los estudios convencionales del conflicto, se le da el trato de búsqueda de botines o lucros privados a las luchas revolucionaria, y una percepción de que la población civil que vive al amparo del grupo irregular, no estaría dispuesta a sacrificar ese medio de sustento, todo en los parámetros económicos de búsqueda de utilidades y elecciones racionales.

Las teorías tratadas en este ensayo, llaman la atención precisamente por lo contrario, se matiza el aspecto económico y se fía más de la estructura histórica y cultural de las regiones, (por eso un llamado a la ciencia política, la antropología social y a la metodología etnológica). La estructura cultural es entendida como la que asimila sobre la misma base analítica a actores locales y extra-locales, los cuales definen sus propias dinámicas y con ello transforman endógenamente sus realidades locales.

Los conceptos derivados de la teoría de Stathis Kalyvas, la cual sienta las bases analíticas a partir de la alianza de los ordenes violentos, pueden llegar a la conclusión de que los sujetos individuales y los grupos sociales no les interesa por simple acomodo vivencial, ley de la costumbre o experiencia vital renunciar a los viejos ordenes y patrones de comportamiento ilegal, no por razones de lucro o el reduccionista calificativo de búsqueda de “codicia” y “lucro”, sino por el simple hecho de que el conjunto de constelaciones económicas y el pro-

pio conflicto armado, cambió sus hábitos de consumo y transformó profundamente sus sociedades.

La percepción de que el conflicto armado interno no terminaría bajo las anteriores circunstancias, cobra validez no por el ánimo de lucro de los involucrados, sino por la posibilidad de admitir, que las comunidades aceptaron dichas constelaciones, porque hacen parte de sus experiencias vitales y han sido su referente cultural inmediato, además de sus medios de sustento y de supervivencia. En esta medida, las formas de reciclaje armadas, tal cual como se dieron después del proceso de desarme paramilitar del año 2005, cuando aparecen las bandas criminales (Bacrim), difícilmente se solucionarían.

Escoger mirar dicho fenómeno desde la visión de la lucha y la violencia fundamental del conflicto interno, no permite entrever las distintas realidades del entorno local, existiendo así la dualidad de ex guerrilleros que eventualmente se podrían rencauchar en neo guerrilleros o en una versión compleja de bandas emergentes o señores de guerra, y no de pobladores que prefieren seguir delinquiendo porque es su forma de “ganarse la vida”, de ascender en la escala social o sustentar sus instintivos hábitos de supervivencia, ello ante la baja expectativa de un Estado como el colombiano que no brinda la posibilidad real de salir de ese círculo.

En resumen, se encuentran dos visiones sobre el mismo fenómeno violento de las regiones. El primero, es la visión convencional que se hace sobre los antiguos ex combatientes que reinciden en armas, por cálculos económicos y estrategias de dominación de territorios en lugares donde antiguas estructuras o antiguos jefes dejan un vacío de

poder que es eminentemente llenado. La segunda visión hace referencia a motivaciones individuales o grupales que no se supeditan exclusivamente a cálculos económicos.

Desde la primera visión, se entiende el fenómeno local estrictamente encausado bajo el discurso externo de la división central de la lucha política nacional, prevaleciendo la idea, que es el *régimen político* el que incide en el desarrollo de la dinámica de creación y expansión de ejércitos irregulares (p.e., Romero, 2007). Este trabajo supone que ello está supeditado a la relación dicotómica entre centro y periferia, en otras palabras, donde prevalece lo político sobre lo privado. La desmitificación del conflicto armado es clave en este aspecto, pues un cambio de esta visión sobre la misma dinámica de rearme y violencia regional, supone, y en este punto se tiene la segunda visión, que alude, que además de cálculos estratégicos de dominación territorial y búsqueda de beneficios económicos de los grupos armados, se dan también motivaciones de los agentes individuales y los grupos locales para aprovechar la ambigüedad del conflicto interno nacional, y ganar en oportunidades privadas de supervivencia y en esta dinámica de rearme, el régimen político dejaría de incidir o ser determinante pues inciden más las dinámicas locales y privadas.

La sugerencia de cambiar la manera en que se estudia el conflicto, es una propuesta viable y atrayente, pero costosa y difícil de llevar a cabo, ello implica desmitificar el conflicto fundamental, quitar el peso que representa los iconos y lo emblemático de lo fácil de observar y sistematizar en los periodos de corta duración, (conceptualizado por demás a partir de etiquetas recientes como la

actual lucha o cruzada mundial contra el terrorismo), para plantear la posibilidad de investigar de lo micro-regional a lo macro-central, en otras palabras, de lo local a lo nacional. La dinámica de lo local y periférico, para la comprensión general del conjunto, esto es, de la dinámica del conflicto sin denominaciones.

La propuesta de aceptar una perspectiva cronológica más amplia para entender y conceptualizar las violencias, es sugerente, este análisis no quiere dar respuestas concluyentes sobre dicha propuesta. Se limita a advertir que puede existir en la academia colombiana, como lo sugiere el mismo Kalyvas en sus estudios de las guerras civiles, una visión ahistorica de la investigación, y que la forma en que se llevó el conflicto político, está estrechamente ligado con el modo en que ha sido entendido y conceptualizado. (Kalyvas, 2009. p. 195).

En relación con lo anterior se ha entendido el conflicto como una división fundamental, se conceptualiza sobre esta variable, y la única violencia que se observa, analiza y sistematiza es la violencia política, producto de la discontinuidad cronológica con su pasado próximo de guerras civiles y época de violencia que no alcanzaron a ser observadas.

Desmitificar el conflicto interno armado, no quiere decir desvirtuar su naturaleza e importancia, significa separar las dinámicas y motivos de las diferentes violencias que se dan sobre el terreno, de las estrategias de los grupos armados y actores políticos. En el mismo sentido, es describir los motivos de las fuerzas que condujeron al acto violento sobre los terrenos locales, que son sustancialmente diferentes de los motivos políticos de quienes actúan a nivel de la estrategia nacional del conflicto fundamental.

Significa describir el tipo de violencia, que se invisibiliza bajo el tamiz del concepto de violencia política y darle la verdadera interpretación a sus complejas naturalezas.

Un campesino rural no es guerrillero, por el simple hecho de habitar en un área de influencia guerrillera, donde por instinto de auto-conservación le ha sido imperioso convivir e incluso involucrarse con el actor armado a su causa económica o “economía de guerra” (por ejemplo cultivo de hoja de cocaína).

En el mismo orden de ideas, un “campesino rico” en un contexto de contrainsurgencia, necesariamente no es financiador del paramilitarismo, o si es propietario de tierras no es “terrateniente”, y por tanto no se debe juzgar dentro del plano ideológico de la guerrilla como un posible candidato para la tributación de “sus impuestos de guerra”. Es la etiqueta “guerrillero”, “paramilitar”, “terrateniente” la que le suele dar dicha connotación, categorías fijas que son producto del discurso dominante de la división fundamental.

Dichas “etiquetas fijas” son un error metodológico recurrente, pues la comunidad y sus pobladores locales son difícilmente reconocibles dentro de esas categorías, error que está directamente relacionado al modo en que se estudia el conflicto armado.

En conclusión ha prevalecido una ley semántica en los estudios sobre la violencia, una evidente escases de conceptos por la visión unitemática derivada del conflicto intrasocial, y una falta de visión histórica del mismo.

Las ciencias políticas y la antropología social, pueden aportar desde la violentología y la etnografía en esta dirección investigativa. El aporte politológico con análisis de coyuntura, mé-

todo comparado e historia política, por un lado, y sistematizadas fuentes orales y locales a nivel de las comunidades, aldeas e individuos desde antropología social, convergerían en este propósito de teorizar las complejas dinámicas a nivel micro, teoría que aportarían significativamente a la propia comprensión general del fenómeno intrasocial.

Bibliografía

- Arango, Mario. (1999, Enero-Abril), La crisis del modelo económico y la violencia en Colombia. Revista Universidad Cooperativa de Colombia. No 70. Medellín. p. 93.
- Ariza, Carolina & Montoya, Nataly. (2010, Mayo). Los avatares de una guerra innominada, Cuadernos de Investigación, Universidad EA-FIT. Medellín. Pp. 5-43.
- Ávila, Ariel & Núñez, Magda, (2008, Diciembre) Expansión territorial y alianzas tácticas, En: en qué está la guerra. Revista Arcanos. No. 14. Bogotá.
- Camacho, Álvaro (2003), La economía política del conflicto en Colombia. En: Richani, Ignacio. Sistemas de guerra. Bogotá: Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales Iepri. Universidad Nacional de Colombia. Editorial Planeta colombiana.
- Collier, Paulo. (2001, Mayo-Junio). Causas económicas de las guerras civiles y sus implicaciones para el diseño de políticas. Traducido por Caros José Restrepo. En: El Mal-

- pensante. Lecturas paradójicas. Vol. 00, No. 30, Pp. 28-53.
- Cubides, Fernando. (2005), Narcotráfico y paramilitarismo un matrimonio indisoluble. Compilador: Alfredo Rangel. Editorial Planeta, Bogotá.
- Duncan, Gustavo. (2007). Los señores de la guerra: de paramilitares, mafiosos y autodefensas en Colombia. Bogotá: Planeta, 368 p.
- _____. (2008) El dinero no lo es todo: acerca del narcotráfico en la persistencia del conflicto colombiano, departamento de ciencia política documento n° 152, Universidad de los Andes, Bogotá, Colombia, Pág. 41.
- Enzensberger, H.M. (1994). Civil Wars: From L.A. to Bosnia, Nueva York, New Press, 1994.
- Fals Borda, Orlando, Eduardo, Umaña & Guzmán, Campos. (1977) La violencia en Colombia. Estudio de un proceso social Bogotá, Punta de Lanza.
- Fernández Ruiz, Jorge. (Sep.-Dic. 2004) La teoría de juegos en las ciencias sociales, En: Estudios Sociológicos (México), Vol. 022, No. 066, p. 625-646
- Franco, Vilma Liliana (2009). Orden contrainsurgente y dominación. Instituto Popular de Capacitación. Siglo del Hombre. 568p.
- Forigua, Emerson, (2006, Enero-Junio), Las Nuevas Guerras: Un Enfoque Desde Las Estructuras Organizacionales Papel Político. Bogotá (Colombia), Vol. 11, No. 1, pp. 305-352.
- García, Daniel & Peña, Jaramillo. (2005, Enero-Marzo), La relación del Estado colombiano con el fenómeno paramilitar: por el esclarecimiento histórico Análisis político, n° 53, Bogotá, pp. 58-76.
- González, José, (1992), El estigma de las repúblicas independientes. 1955-1965, Bogotá, CINEP.
- González, Fernán. (2006, Enero-Marzo). Guerras civiles y construcción del Estado en el siglo XIX colombiano: una propuesta de interpretación sobre su sentido político. Boletín de Historia y Antigüedades, (Bogotá), Vol. 93, No. 832, pp. 32-80.
- Gorbaneff, Yuri & Jácome, Flavio. (2000, Julio-Diciembre). El conflicto armado en Colombia: una aproximación desde la teoría de juegos, Planeación y Desarrollo, Santafé de Bogotá, Vol. 31, No. 03-04.
- Gutiérrez, Francisco, (2006), Nuestra guerra sin nombre: transformaciones del conflicto en Colombia. Bogotá: Norma, 607 p.
- Harding, Susan F. (1984). Remaking Ibiaca: Rural Life in Aragon under Franco, Chapel Hill, Universidad of North Carolina Press, p. 59.
- Henderson, J.D. (1985), When Colombia bled: A history of the violence

- cia in Tolima, Tuscaloosa, University of Alabama Press.
- Kaldor, Mary, (2001), *Las nuevas guerras. La violencia organizada en la era global*. Barcelona: Tusquets Editores, 242 p.
- Kalyvas, Stathis. (2001). “La violencia en medio de la guerra civil. Esbozo de una teoría”, en *Análisis Político*, No. 44, Bogotá.
- _____. (2005). *Nuevas y viejas guerras civiles – ¿una distinción válida? En: Acción política no violenta, una opción para Colombia*. Centro editorial universidad del rosario, Bogotá. Pp. 51-77
- _____. (2006). *La lógica de la violencia en la guerra civil*. Cambridge University Press, Editores Akal.
- _____. (2009, Julio-Diciembre). *El carácter cambiante de las guerras civiles 1800-2009*. Yale University. *Colombia internacional* 70, pp. 193-214.
- Lair, Eric (May.-Dic. 2001.). *Colombia, una guerra contra los civiles*, En: *Colombia Internacional* (Santafé de Bogotá), No. 49-50, p. 135-147.
- López, Claudia & Sevillano Oscar, (2008, Diciembre). *Balance político de la parapolítica*. En: *En qué está la guerra*. Revista Arcanos. No. 14 Bogotá. Pp. 62-87.
- Marchal, Roland, & Messiant, Christine, (Ene-abril 2004). *Las guerras civiles en la era de la globalización: nuevos conflictos y nuevos paradigmas. Análisis político*. Santa Fe de Bogotá. 20- 24 p.
- Medina, Carlos, (2005, Enero-Marzo), *La economía de guerra paramilitar: una aproximación a sus fuentes de financiación*. *Análisis Político* No 53, Bogotá, pp. 77- 87.
- _____. (2005b). *Santa Fe de Ralito: avatares e incongruencias de un conato de negociación*. *Análisis político* No 53, Bogotá, pp. 88 -94.
- Molano, Alfredo, (2008, Octubre 11), “Regreso a Calamar”, *El Espectador*, Bogotá.
- Montoya, Diego; Escalante, Luna; Aguirre, Juan; Buitrago, Felipe & Oquendo, Steven, (2011) *Movimientos armados e insurgencia*. En: *La izquierda política colombiana: un siglo de inconformidades*. Impresos Begón. Universidad de Antioquia. Medellín. p.122, 145.
- Montoya, Diego. *Nuevas guerras: paramilitares y negociación, una mirada alternativa del conflicto interno armado y sus motivaciones*. Medellín, 2012. Tesis monográfica para optar al grado de politólogo, Universidad de Antioquia. Facultad de Derecho y Ciencia Política.
- Münkler, Herfried, (2004). *Las guerras del siglo XXI*. *Análisis político* n° 51, Bogotá, mayo-agosto. págs. 3-11.
- _____. (2005), *Viejas y nuevas guerras Asimetría y privatización de*

- la violencia. España: Siglo XXI Editores, 225 p.
- Pecault, Daniel, (2001), Guerra contra la sociedad, Bogotá, Espasa.
- Pizarro Leongómez, Eduardo. (1989, Mayo-Agosto) "Los orígenes del movimiento armado comunista en Colombia, Revista Análisis Político No 7, Bogotá. p. 7.
- _____, (Mayo-Agosto de 2002). Colombia ¿guerra civil, guerra contra la sociedad, guerra antiterrorista o guerra ambigua? En: Análisis Político, IEPRI, Universidad Nacional, Bogotá. No. 046. P.166
- _____, (2004), Una democracia asediada, balances y perspectivas del conflicto armado en Colombia: Editorial Norma, Bogotá. 369p.
- Posada Carbó, Eduardo. (2001) ¿Guerra civil?: el lenguaje del conflicto en Alfaomega, Bogotá. 47 p.
- Pulido de Isaza, Ligia. (1999). Revista Universidad Cooperativa de Colombia. No 70 enero-abril. Medellín. pág. 83
- Restrepo, Jorge & Aponte, David. (2009), Análisis económicos de conflictos internos, En: Guerra y violencias en Colombia: herramientas e interpretaciones, Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Restrepo Botero, Darío (2001). "Descentralización y violencia en Colombia". Martínez, Astrid, (2001) Economía crimen y conflicto. Bogotá; Universidad Nacional de Colombia.
- Rodríguez, M. Álvaro (2009, Enero-Abril). De Las Armas A La Desmovilización El Poder Paramilitar En Colombia. Revista Internacional De Sociología. Vol.67, N° 52, pp. 59-82
- Roldan, M. (2002), A sangre y fuego. La violencia en Antioquia, Colombia, 1946-1953. Instituto Colombiano de Antropología e Historia. 435p.
- Romero, Mauricio. (2000), Changing identities and contested settings: Regional elites and the paramilitaries in Colombia. International Journal of Politics, Culture and Society, 14, No. 1.
- _____. (2007). "Nuevas guerras, paramilitares e ilegalidad: una trampa difícil de superar." En: La Parapolítica. La ruta de la expansión paramilitar y los acuerdos políticos. Bogotá: Corporación Nuevo Arcoíris. 363. p.
- Romero, Mauricio & Arias, Angélica, (2008), "Bandas Criminales", A Seguridad Democrática y corrupción. En: En qué está la guerra, Revista Arcanos. No 14, diciembre, 2008. Bogotá. PP. 38-51.
- Rubio, Mauricio, (1999). Crimen e impunidad. Precisiones sobre la violencia, Bogotá, Tercer Mundo Editores. 269 p.

- Salazar, Boris & Castillo, María del Pilar. (2001), *La hora de los dinosaurios. Conflicto y depredación en Colombia*. Cali-Bogotá: Cidse-Cerec, p.182.
- Sánchez, Ricardo. (1989, Septiembre), *Izquierda y democracia en Colombia*. Revista Foro No 10. Bogotá. Pp.63-78.
- Sánchez, Gonzalo, AGUILERA, Mario, (2001) *Memoria de un país en guerra*. Bogotá: Editorial Planeta. 329 p.
- Tobón, William, (2002, Mayo-Agosto), *¿Guerra civil en Colombia?*, En: *Análisis Político*, Universidad Nacional, Bogotá. No. 46, pp. 151-163.
- Uribe, María Victoria. (1989) *Matar, rematar y contramatar: las masacres de la violencia en el Tolima, 1948-1964*. Bogotá. Cinep. 209p.
- Valencia, Germán, (2006, Diciembre). *La economía frente al conflicto armado interno colombiano, 1990-2006*. Perfil de Coyuntura Económica, pp. 141-174.
- Valencia, Germán & Espinal, Manuel. (2008, julio-diciembre). *Balance del proceso de Desmovilización, Desarme y Reinserción (DDR) de los bloques Cacique Nutibara y Héroes de Granada en la ciudad de Medellín*. Estudios Políticos, 33, Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia, pp. 11-34.
- Valencia, Germán & Mejía, Carlos, (agosto 2010). *Ley de Justicia y Paz, un balance de su primer lustro*. Perfil de Coyuntura Económica. No 15. Universidad de Antioquia, pp. 59-77.
- Valencia, León. (2007), “Los caminos de la alianza entre los paramilitares y los políticos.” En: *La Parapolítica. La ruta de la expansión paramilitar y los acuerdos políticos*. Bogotá: Corporación Nuevo Arcoíris. Pp. 13- 43.
- _____, (2008, Diciembre), *Escenarios de guerra o paz*. En: *en qué está la guerra*. Revista Arcanos. No. 14 Bogotá. p. 2.
- Vieira, Gilberto. (1973), *Colombia tres vías a la revolución*. Círculo Rojo Editores. Bogotá. 208 pág.



Albergue: "La 72". Tenosique, Tabasco.
Nombre: Santos García Velázquez **Edad:** 29 años **Estado civil:** Casado
Origen: Depto. de Valle, Honduras **Destino:** Nueva York
Ocupación: Trabajador en la construcción.
Motivo de migración: Busca una vida mejor para su hijo que nacerá dentro de seis meses.
Contratiempos durante el trayecto: Ninguno

“Cortesía del Concurso Latinoamericano de Fotografía Documental
Los Trabajos y los Días-Escuela Nacional Sindical”

Título: Reliquias 05
Autora: Olivia Vivanco
País: MÉXICO